

muerto el día antes algún pobre de fiebre, y el médico, sin verme ni examinarme, sólo vió el recetario, y el número de la cama, y creyendo que yo era el febricitante, dijo: — Número 60, cáusticos y líquidos. — ¡Cáusticos y líquidos! exclamé yo. ¡Por María Santísima, que no me martiricen ni me lastimen más de lo que estoy! Ya que ayer no me mató el payo á palos, no quieran ustedes, señores, matarme hoy de hambre ni á quemadas.

A mis lamentos hicieron advertir al doctor que yo no era el febricitante, sino un herido. Entonces, cargándose de razón para encubrir su atolondramiento, preguntó: — ¿Pues qué hace aquí? A su sala, á su sala.

Así se concluyó la visita, y quedamos los enfermos entregados al brazo secular de los practicantes y curanderos. De que yo ví que á las once fueron entrando dos con un cántaro de una misma bebida, y les fueron dando su jarro á todos los enfermos, me quedé frío. — ¿Cómo es posible, decía yo, que una misma bebida sea á propósito para todas las enfermedades? Sea por Dios.

Después entró el cirujano y sus oficiales, y me curaron en un credo; pero con tales estrujones y tan poca caridad, que á la verdad ni se los agradecí; porque me lastimaron más de lo que era menester.

Llegó la hora de comer, y comí lo que me dieron, que era... ya se puede considerar. A la noche siguió la

cena de atole, y á otro pobre del número 36, que estaba casi agonizando, le pusieron frente de la cama un crucifijo con una vela á los pies,¹ y se fueron á dormir los enfermeros dejando á su cuidado que se muriera cuando se le diera la gana.

Dos meses estuve yo mirando cosas que apenas se pueden creer y que sería de desear se remediaran.

Ya estaba convaleciendo cuando un día entró á verme Enero envuelto en un zarape roto, con un sombrero de mala muerte, en pechos de camisa² con un calzoncillo roto y mugriento, y unos zapatos de vaqueta abotinados y más viejos que el sombrero.

Como yo no lo dejé tan mal parado, ni lo había conocido tan trapiento, me asusté pensando que había alguna gran novedad, y que por eso venía disfrazado mi amigo; pero él me sacó del temor que me había infundido, diciéndome que aquel traje era el propio y el único que tenía, porque los cuidados le habían seguido como á los perros los palos; que desde el día de mi desgracia no había podido alzar cabeza; que todo el asunto se puso entre los jugadores, y que ya no le daban lugar en ningún juego, porque todos lo trataban de entregador; que el mismo día, luego que me echó menos y supo que

¹ A esta ceremonia de indolencia y poca caridad llaman en los más hospitales *poner el Tecolote*.

² Este modo de hablar es vulgar. Ya se sabe que quiere decir que no tenía ni chupa, ni chaleco.

había ido con el payo, temió lo que pasó, y á la noche fué á informarse al mesón, donde le dijeron que mi heridor así como se recobró de la cólera y advirtió el desaguisado que había hecho, temeroso de la justicia, ensilló su caballo y tomó las de Villadiego, con tal ligereza, que cuando los alguaciles fueron á buscarlo, ya él estaba lejos de México; que el pícaro del compañero que apostó los albuces se marchó también con el dinero sin saberse á dónde, de suerte que no le tocó al dicho Januario un real de su diligencia; ¹ que á pie y andando fué éste en su busca hasta Chilapa, donde le dijeron que se había ido; que hizo su viaje en vano; que se juntó con otros hábiles y se fué de misión ² á Tixtla, pensando hacer algo, porque había fiesta; pero que el subdelegado era opuestísimo á los juegos, y no pudo hacer nada; que de limosna se mantuvo y se volvió á México; que dos días antes había llegado, y luego que se informó que todavía estaba yo en el hospital me vino á ver; que estaba pereciendo, y últimamente, que deseaba que yo saliera para que entre los dos viéramos lo que hacíamos.

Toda esta larga relación me hizo Januario, y no en

¹ Muchas veces sucede esto mismo á algunos, que se exponen y previenen un robo y otros son los aprovechados.

² Los tunos llaman *ir á misión* ó *ir de misión* á ciertas viajatas que hacen fuera de las ciudades á robar con la baraja á los infelices que se descuidan y caen en sus manos. En rara entrada de cura ó subdelegado, ó fiestecita, no hay de estos misioneros malditos. Son la polilla de los pueblos. Suelen mil veces ir sin un real, desnudos y á pata, y volver á caballo, vestidos y con muchos pesos que han robado. Sería bueno que todos los jueces hiciesen lo que el de Tixtla; esto es, no consentirlos en sus territorios.

compendio. Yo le conté el pormenor de mis desgracias, y él me contestó:—Hermano, ¡qué se ha de hacer! el que está dispuesto á las maduras, ha de estarlo también á las duras. Así como estuviste conforme y gustoso con los pesos que ganaste, así lo debes estar con los palos que has llevado. Eso tiene nuestra carrera, que tan pronto logramos buenas aventuras, como tenemos que sufrir otras malas. Lo mismo dijera si hubiera sucedido conmigo; pero no te desconsueles; acaba de sanar que no siempre ha de estar la mar en calma. Si salieres cuando yo no lo sepa, búscame en el *arrastraderito* de aquella noche, porque no tengo otra casa por ahora; pero ni tú tampoco. Ya sabes que somos amigos viejos.—Con esto se despidió Januario dejándome en el hospital, en donde me dieron de alta á los tres días como á los soldados.

Salí sano, según el médico; pero según lo que renqueaba, todavía necesitaba más agua de calahuala y más parchazos; mas ¿qué había de hacer? El facultativo decía que ya estaba bueno, y era menester creerlo, á pesar de que mi naturaleza decía que no.

Salí por fin todo entelerido y entrapajado; pero ¿á dónde salí? A la calle, porque casa no la conocía, y salí peor de lo que entré, porque mis trapillos estaban malos á la entrada, pero salieron desahuciados. No sé en qué estuvo.

Pobre y trapiento, solo, enfermo, y con harta hambre, me anduve asoleando todo el día en pos de mi protector Enero, á cuyas migajas estaba atenido, sin embargo de que lo consideraba punto menos miserable que yo.

Mis diligencias fueron vanas, y era la una del día y yo no tenía en el estómago sino el poquito de atole que bebí en el hospital por la mañana, por señas de que al tomarlo me acordé de aquel versito que dice:

Este es el postrer atole
Que en tu casa he de beber.

Ello es que ya no veía de hambre, pues así por la pérdida de sangre que había sufrido, como por el mal pasaje del hospital, estaba debilísimo.

No hubo remedio; á las tres de la tarde me quité la chupa en un zaguán y la fui á empeñar. ¡Qué trabajo me costó que me fiaran sobre ella cuatro reales! Pues no pasaron de ahí, porque decían que ya no valía nada; pero por fin los prestaron, me habilité de cigarros y me fui á comer á un bodegón.

Algo se contentó mi corazón luego que se satisfizo mi estómago. Anduve toda la tarde en la misma diligencia que por la mañana, y saqué de mis pasos el mismo fruto, que fué no hallar á mi compañero; pero después que anocheció y dieron las ocho, me entró

mucho miedo pensando que si me quedaba en la calle estaba tan de vuelta, que podría ser que me encontrara una ronda ó una patrulla y fuera á amanecer á la cárcel.

Por estos temores me resolví á irme al *arrastradero*, que se me hacía tan duro como el hospital mismo; pero la necesidad atropella por todo.

Llegué á la maldita zahurda con real y medio, pues antes me cené medio de frijoles en el camino. Entré sin que nadie me reconviniera y ví que estaba la mesita del juego como cuadro de ánimas, pero de condenados.

Como catorce ó diez y seis gentes había allí, y entre todos, no se veía una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuerados, que jugaban sus medios con una barajita que sólo ellos la conocían según estaba de mugrienta.

Allí se pelaban unos á otros sus pocos trapos, ya empeñándolos, y ya jugándolos al remate, quedándose algunos como sus madres los parieron, sin más que un *maxtle*, como le llaman, que es un trapo con que cubren sus vergüenzas, y habiendo pícaro de estos que se enredaba con una frazada en compañía de otro á quien le llamaba su *valedor*.

Abundaban en aquel infierno abreviado los juramentos, obscenidades y blasfemias. El juego, la concurrencia, la estrechez del lugar y el chinguirito tenían